

CAMPESINADO ANDINO Y VIOLENCIA BALANCE DE UNA DÉCADA DE ESTUDIOS¹/ CARLOS IVÁN DEGREGORI

Tras once años de violencia política y más de 20 mil muertos, lo primero que sorprende al revisar la bibliografía agraria es la ausencia casi total de la violencia social y política como tema en los trabajos que analizan la situación previa a 1980, la lentitud con la cual se asume esa problemática en los estudios que tratan sobre la realidad del agro post-1980 y el insuficiente desarrollo de las investigaciones sobre violencia en el campo que se advierte aún hoy². En lo que se refiere a la situación anterior a 1980, la ausencia de la violencia como tema de estudio corresponde, entre otras causas, al bajo nivel de violencia manifiesto en las décadas previas, aun en medio de la oleada más grande de movimientos campesinos en todo el siglo.

1. Movimientos campesinos y violencia

«Tierra o muerte» fue el grito que entre 1958 y 1964 sirvió de fondo sonoro al movimiento campesino más importante por esos años en América del Sur. Cientos de miles de campesinos y trabajadores agrícolas se organizaron y movilizaron a lo largo del país, rescataron cientos de miles de hectáreas en manos de latifundios e hirieron de muerte al gamonalismo. Sin embargo, en todos esos años fallecieron sólo 166 personas³, menos que en los primeros diez días de agosto de 1991.

- 1 Agradezco los comentarios y sugerencias de Jaime Urrutia y la colaboración de Iván Rivas Plata y Pedro Roel.
- 2 De acuerdo a los términos de referencia establecidos por SEPIA el presente balance se centra en la violencia social y política. No incluye temas como la violencia estructural ni la violencia ritual o aquella que se manifiesta en la vida cotidiana. El análisis se limita a la bibliografía aparecida a partir de 1980 aun cuando no pretende ser una revisión exhaustiva.
- 3 Todas las cifras que mencionamos para la década de 1960 son tomadas de la cronología de Guzmán y Vargas (1981).

Destacan por su importancia las tomas de tierras en Cerro de Pasco y el movimiento de La Convención (Cusco). En las primeras, entre diciembre de 1959 y julio de 1962 perdieron la vida 25 campesinos. En La Convención, durante el pico más alto de movilización encabezada por Hugo Blanco, entre el 20 de octubre de 1962 y el 2 de enero de 1963 fallecieron 15 personas: 7 campesinos, uno de ellos mientras participaba en un mitin en la ciudad de Cusco; 5 que aparecen como guerrilleros y 3 policías⁴.

En la década de 1970, una segunda oleada de tomas de tierras conmovió al país en plena aplicación de la reforma agraria más radical de América del Sur. La movilización no fue tan amplia, pero la organización campesina alcanzó su pico más alto luego de la reorganización de la Confederación Campesina del Perú (CCP) y la creación de la Confederación Nacional Agraria (CNA) en 1974. Sin embargo, otra vez, el costo en vidas humanas fue bajísimo. Moisés Arce Llacta y Humberto Vargas fueron los dos únicos campesinos muertos en el movimiento de Andahuaylas, el más importante de la década (García Sayán 1982:83; Quintanilla 1981:88-89; Sánchez 1981:197, 207). Otros cuatro campesinos murieron en Huacataz, Cajamarca, el 28 de diciembre de 1977 (García Sayán 1982:61); un cooperativista resultó accidentalmente muerto en Lucrepata, Cusco, el 21 de noviembre de 1978 (*Ibid.*: 154); el 6 de febrero de 1979 murió Elmer Jara en Talandracas, Piura (*Ibid.*: 48).

A través de todo el libro de García Sayán *-Tomas de tierras en el Perú* (Desco, Lima 1982)- se percibe una voluntad explícita de evitar o minimizar la violencia por parte del campesinado, especialmente de sus dirigentes. Pero la cautela es compartida por el Estado y las fuerzas represivas. Flores Galindo (1987:314) advierte esa prudencia ya desde las tomas de tierras de los años 60, a pesar de que entonces la intensidad de las movilizaciones había sido mayor. En esos años: «policías e ‘invasores’ ocupan sus lugares y no ocurre nada más, para desesperación de los propietarios».

En las últimas páginas de su libro, García Sayán pregunta: «¿Qué se viene?». Acierta en señalar varias tendencias que se acentuaron en los años siguientes, pero termina afirmando que:

«... las contradicciones ya existentes -y que se profundizarán- con el gran capital y el problema de la democracia, siempre presente, parecerían ser los ejes sobre los que en el futuro mediato girarán las acciones del campesinado y trabajadores del agro en general» (1982:217).

4 En 1965 las guerrillas del MIR y del ELN y la consiguiente represión estatal añadieron varias decenas más de personas a esa lista fatal. Escapa a los límites de este balance analizar esos movimientos.

Ni una palabra sobre la violencia política. Eso fue en 1982. Varios años después, en su libro *Lucha por la tierra, reformas agrarias y capitalismo en el Perú del siglo XX*, terminado en 1986 y publicado en 1989, Rodrigo Montoya pone más énfasis en la lucha contra el capital que por la democracia. En el capítulo «¿A dónde va el campo andino?», afirma: «la escena política de la lucha de clases en el campo muestra nuevos enemigos: el mercado capitalista y su expresión política en la clase comercial y el Estado como eje articulador del capital» (1989:227). Pero a pesar de que Sendero Luminoso ya se encontraba por entonces en su fase de «conquistar bases», casi nada dice sobre la violencia campesina, ni sobre la guerra senderista⁵.

2. 1980. Violencia en los Andes: ¿*pachacuti* o *chawqa*?

«Sin percatarse de la revolución» (*Missing the revolution*) es el título de un artículo punzante y controvertido de Orin Starn (1991a), todavía inédito en castellano, en el cual critica a los antropólogos norteamericanos por no haber advertido el incubamiento de la guerra senderista en el campo ayacuchano durante los años 70. No es éste el lugar para hacer un balance de los aciertos y límites de la antropología culturalista. Lo que nos interesa es recalcar que el estallido de un nuevo tipo de violencia en el campo pasó por las narices no sólo de los antropólogos norteamericanos sino de los científicos sociales peruanos en general. Como si apagones y petardos nos hubieran cegado y ensordecido, impidiéndonos analizar el fenómeno más importante de la década en el campo. Tanto que los primeros análisis estuvieron a cargo de extranjeros (McClintock 1983, 1984; Palmer <1983>1986; Taylor 1983; Anderson 1983; Favre 1984)⁶, mientras los peruanos nos limitábamos a artículos periodísticos⁷.

- 5 La única vez en que Montoya se refiere explícitamente a la violencia campesina ésta aparece definida por sus manifestaciones tradicionales (1989: 249; véase cita en la p. 428 del presente ensayo), que por lo menos desde las tomas de tierra de la década de 1960 no constituían ya la expresión principal de violencia en el campo. En cuanto a la vinculación de SL con el campesinado y la de éste con la lucha armada considera que: «no es posible disponer hoy de una información suficientemente confiable» para saber si la relación es tan débil y frágil como en experiencias anteriores (1989: 114). En otro momento afirma sin embargo que: «la presencia campesina dentro de las filas de Sendero <es> probablemente más importante que en cualquier otro movimiento político armado en la historia del Perú» (1989: 102). Pero en general para Montoya: «el conflicto armado iniciado por Sendero Luminoso en 1980 está aún lleno de sombras porque se sabe muy poco sobre él».
- 6 Una crítica del trabajo de los «senderólogos» norteamericanos se encuentra en Poole y Rénique (1991).
- 7 Véanse, entre otros, los de Raúl González en *Quehacer* (1982, 1983, 1984a, 1984b); los de Gorriti en *Caretas* (1981, 1983a, 1983b) y los de Degregori en *El Diario de Marka* (1981, 1983a, 1983b, 1983c). Menciono sólo algunos artículos de los autores que después prosiguieron

La primera incursión de científicos sociales nacionales en el escenario de la guerra fue poco afortunada. Se produjo a raíz de la masacre de ocho periodistas en la comunidad de Uchuraccay (Ayacucho) en enero de 1983 y el nombramiento por parte del gobierno de una comisión investigadora de los asesinatos, presidida por Mario Vargas Llosa. Para la elaboración de su informe, el escritor buscó la asesoría de varios profesionales, entre ellos los antropólogos Juan Ossio, Fernando Fuenzalida y Luis Millones. El trabajo de Ossio y Fuenzalida (1983) sobre Uchuraccay, buscó compensar lo sumario de la investigación en la comunidad con el vasto conocimiento general de los autores sobre el mundo andino. El resultado final fue una visión erudita, pero que hacía de Uchuraccay un compendio coherente y paradigmático, ilustrativo de lo que los antropólogos entendemos como «sociedad andina», subestimando las relaciones de los comuneros con la sociedad nacional y su conocimiento de la coyuntura de guerra que se vivía en la región⁸. Este sesgo se agudiza en el informe final de la Comisión Vargas Llosa. Allí, a partir de Uchuraccay, se generaliza y se afirma que:

«los hombres que los mataron <a los periodistas> no son una comunidad anómala en la sierra peruana, son parte de esa ‘nación cercada’, como la llamó José María Arguedas, compuesta por cientos de miles -acaso millones- de compatriotas, que ... han conseguido preservar una cultura -acaso arcaica, pero rica y profunda y que entronca con todo nuestro pasado prehispánico- que el Perú oficial ha desdeñado» (Vargas Llosa y otros 1983:21).

Sí bien Uchuraccay no era «anómala», tampoco era representativa de la evolución de la inmensa mayoría de comunidades andinas, inclusive ayacuchanas, que en las últimas décadas avanzaron hacia una mayor articulación económica, política y cultural a nivel nacional. Detrás y más allá de las viejas tesis culturalistas y la visión del Perú como sociedad dual, que Rodrigo Montoya (1984) criticó duramente al analizar el Informe Uchuraccay, éste revela la vieja esencialización de la sociedad andina, la aproximación exotista hacia el «otro», lo que Said (1979) denominó «orientalismo»⁹.

estudiando el tema. Soy juez y parte en este balance por lo cual me referiré por lo general en tercera persona a mis trabajos.

- 8 El Periodista John Bennet trabaja un libro en el cual a través de entrevistas a uchuraquinos muestra que éstos tenían un mayor conocimiento de la coyuntura regional que aquél que sinchis, tal vez senderistas y sin duda la Comisión Vargas Llosa tenían sobre ellos.
- 9 Vargas Llosa repitió ese error en su campaña presidencial de 1990. Considerar al conjunto de

Uchuraccay, y el tipo de guerra que comenzaba a desarrollar SL, proporcionaban material prácticamente insuperable para el reavivamiento de interpretaciones de esta naturaleza. Entre ellas destaca una suerte de fascinación con el milenarismo, que la eclosión senderista hizo aflorar tanto en extranjeros como en nacionales, tanto en conservadores como en radicales. Esta fascinación tuvo su apogeo en los primeros años de la década pasada, afectando incluso a autores que nada tenían que ver con la tradición culturalista antropológica.

Entre los extranjeros, McClintock (1984:51) consideró que SL «ha incorporado símbolos de la tradición insurreccional inca en su actitud». Según Palmer (1986:87): «en su plan para la sociedad peruana luego de conquistar la victoria, <SL> se asemeja a los movimientos milenaristas indígenas y, más específicamente, a los preceptos de comunismo primitivo y puramente indígena expuestos por José Carlos Mariátegui». Taylor (1983) tomó la destrucción del fundo Allpachaka, acaecida en 1982, como ejemplo de milenarismo y atribuyó a SL afirmaciones como: «hay que matar a los blancos y destruir las ciudades que siempre nos han explotado» o «necesitamos un gobierno de indios», sin mencionar de dónde las sacaba. Werlich, por su parte, comete un error monumental cuando en su búsqueda de componentes milenaristas en SL, afirma que: «...en 1970 Abimael Guzmán fue expulsado del grupo Bandera Roja, acusado de ‘ocultismo’, es decir, de usar costumbres locales y tradiciones mesiánicas para lograr apoyo entre los campesinos» (1984:78-82, 90). No toma en cuenta que, en la tradición marxista-leninista, el término ‘ocultismo’ se refiere a la negativa o incapacidad del partido para realizar trabajo abierto o legal. Ese era el sentido de las críticas que se hacían por entonces al grupo de Guzmán.

Entre los nacionales, Juan Ansión (1982) realizó una breve incursión en el tema del mesianismo andino en relación a Sendero Luminoso. Rápidamente cambió de registro, pero la posta fue tomada por Alberto Flores Galindo (1987). Para él SL constituía una versión pesadillesca de la utopía andina, en tanto su simbología y su práctica apuntaban a «la inversión del mundo». Por enfatizar el vínculo entre SL y la utopía andina, Flores incurre en graves errores empíricos¹⁰ y recae en interpretaciones de la oposición tradición / mo-

las culturas quechua y aymara como «débiles... primitivas... arcaicas...», contribuyó significativamente a su derrota (véase la cita completa y una larga discusión al respecto en: Degregori 1991a).

10 El encuentro entre SL y el campesinado, por ejemplo, es presentado en los siguientes términos: «... en los primeros años <a las levas voluntarias> acudían campesinos a quienes no se ofrecía

derinidad, que la antropología había superado hacía tiempo¹¹. Sin embargo, un antropólogo, Juan Ossio (1990:15-64), define todavía hoy a SL como movimiento mesiánico.

Estas interpretaciones no reposaban sobre sólidas bases de datos. Salvo el trabajo de Ansión sobre la simbología senderista, el resto eran ensayos o incluso afirmaciones aisladas en medio de artículos. Su amplia difusión se explica entonces, al menos en parte, por los ojos con los cuales muchos intelectuales miramos todavía el mundo andino. Es que otorgarle un carácter milenarista al movimiento armado va asociado con frecuencia a suponer su carácter indígena o una participación indígena importante en él. Y si al referirse a la esencialización de «lo árabe», Said acuñó el término «orientalismo», Starn (1991a) habla de «andinismo» para referirse al mismo fenómeno en relación a los indios y/o «lo andino».

Consideramos que es más preciso hablar de «fundamentalismo racionalista» (Poole y Rénique 1991) al referirnos a la dirección de SL y a un posible campesinismo en sus bases. SL no invierte el mundo, destapa un avispero. No es el pachacuti, término que por lo demás los campesinos nunca utilizan, es el chaqwa: voz quechua que significa caos o confusión extremos en los que ya no es posible saber con certidumbre quién es quién (Ossio y Fuenzalida 1983:77), pérdida de identidad y ubicación, desmantelamiento literal del orden de las cosas (Kirk 1991:9).

carreteras, alimentos, escuela, sino algo más etéreo pero que paradójicamente podía justificar los mayores sacrificios: todo el poder. De los más desheredados, de los más pobres (los reclutas predilectos) sería el futuro luminoso. La región de Ayacucho había sido asolada por una cadena de sismos. Algunos creyeron entender que la pachamama no soportaba más sufrimiento sobre la tierra; que el mundo debía cambiar. Pueblos enteros enarbolaron las banderas rojas y se volvieron 'luminosos', dispuestos a marchar hasta Huamanga y Lima, no para pedir limosna sino para expulsar a los explotadores y fundar un nuevo orden» (1987: 330). Posteriores estudios de campo ofrecieron una versión bastante más completa y matizada de ese período.

- 11 Para explicar los posibles límites al avance senderista Flores afirma: «Todas las comunidades no eran como Chuschi <donde SL inició sus acciones armadas el 17.5.80>. El rechazo al progreso y la civilización occidental pueden ser compatibles con pueblos atrasados en los que persiste la reciprocidad, gobiernan los wamanis y los curanderos, pero no necesariamente entre comuneros que como los de Huayopampa (Chancay), Muquiyauyo (Jauja) o Puquio (Lucanas) han tenido acceso a la modernidad y han optado por la escuela occidental, la luz eléctrica, la carretera y el camión; para ellos el progreso puede ser una realidad palpable y el poder, en cambio, una ilusión. Tienen algo que conservar» (1987: 333). Chuschi no rechazaba «el progreso y la civilización occidental» también había «optado» por la escuela, la carretera y el camión, y no abrazó unánime y entusiastamente el senderismo. Por otro lado, ya en 1967, una monografía sobre Huayopampa se titulaba: «Estructuras tradicionales y economía de mercado» (Fuenzalida y otros 1967). Es decir, persistía la reciprocidad y la institución comunal se fortalecía con el mercado; la modernidad no obliteraba la tradición.

3. Investigaciones sociales y violencia. Asediando al nuevo Leviatán

A partir de 1984 aparecen los primeros trabajos que comienzan a responder tres interrogantes centrales: qué condiciones históricas y estructurales hacen posible el surgimiento de Sendero Luminoso; cuál es el perfil sociocultural de los cuadros senderistas; cómo logran construir una base social en el campo.

Por un lado, aparece el folleto «Violencia y campesinado» con artículos de Alberto Flores Galindo y Nelson Manrique, cuyo énfasis principal está en la denuncia de la «guerra sucia» que se desata en Ayacucho desde 1983¹². Pero al tratar las causas y secuelas de ese tipo de guerra, abren varias pistas que serán luego intensamente transitadas. Entre las causas, Manrique pone énfasis en la violencia estructural. Tanto él como Flores destacan el autoritarismo político, los desgarramientos étnicos y el racismo, que afloró con fuerza a raíz de la matanza de Uchuraccay. Entre las secuelas, ambos señalan las migraciones forzosas. Era el inicio de los desplazados de guerra, que entonces sumaban 10 mil y hoy sobrepasan los 200 mil¹³. Finalmente, Flores señala que al terminar 1984, la guerra se ha convertido «en una arremetida del lado occidental del Perú contra su vertiente andina» (1985:31), idea que desarrolló con fuerza en los años posteriores.

Por la misma época, otros dos trabajos entran de lleno a analizar el contexto histórico y sociocultural de la violencia. Se trata del artículo de Henri Favre: «Sendero Luminoso, horizontes oscuros», traducido del francés en *Quehacer* (31.10.84) y de mi trabajo: *Sendero Luminoso: los hondos y mortales desencuentros* (IEP 1985). Ambos incorporan el análisis de los problemas étnicos, pero a contracorriente de las explicaciones culturalistas y/o indigenistas prevalecientes en los primeros tiempos, que tendían a ubicar a SL en el polo indígena de la estratificación étnica.

Según Favre, el contexto de deterioro de la sociedad andina y del país en general habría llevado a una nueva fractura, mucho más fundamental que la

12 Esta línea de investigación y denuncia va a ser desarrollada en los años siguientes por diversos organismos de defensa de los derechos humanos. Entre los extranjeros destacan Amnistía Internacional y America's Watch. Entre los nacionales: IDL, CEAPAZ, CAJ, IPEDEHP, APRODEH, COMISEDH y otros agrupados en la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos.

13 La problemática de los desplazados internos comienza a ser asumida por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Entre los organismos nacionales que estudian el tema y trabajan con desplazados se encuentran: CEPRODEP e IDS.

oposición tradicional de clases, entre integrados y no-integrados. Esta trombosis que lleva a la obturación de los canales de ascenso social es fuente de profundas frustraciones y alimenta la violencia senderista (*Ibíd.*: 34). Pero, precisa Favre, la principal base social potencial de SL en el campo la constituye la población rural descampesinizada y desindianizada, mientras que las poblaciones más indias y más campesinas serían las menos propensas a la influencia senderista (1984:32). Para sustentarlo, Favre reintroduce en la discusión la importancia de las seculares contradicciones entre poblaciones de valle y de puna. Alude a los sangrientos sucesos de 1983 en Uchuraccay y Lucanamarca, como ejemplos de comunidades de puna, más campesinas y más indias, rebelándose contra SL, asentado más en los valles quechuas, entre semicampesinos que son al mismo tiempo mineros, ambulantes o trabajadores de construcción civil (*Ibíd.*:30).

Degregori, por su parte, presenta el contexto regional ayacuchano en el que surge SL, enfatizando, junto a la pobreza y el atraso, el papel de la educación y en especial de la reapertura de la Universidad de San Cristóbal de Huamanga en la configuración de SL¹⁴. Para él, SL es producto del encuentro de una elite intelectual provinciana mestiza con una base social juvenil también provinciana y mestiza, que sufría un doloroso proceso de desarraigo, producto de lo que Favre llama «descampesinización y desindianización»¹⁵. A ellos, SL les ofrece una nueva identidad basada en el marxismo-leninismo-maoísmo.

El artículo argumenta que la expansión de este núcleo urbano hacia el campo ayacuchano durante los años 80-82 se ve favorecida por los aspectos autoritarios de la tradición andina. A partir de ‘ajusticiamientos’ a abigeos y ladrones, azotes o cortes de pelo a adúlteros o bebedores, ganan la simpatía de buena parte de la población. La estrategia les da rédito a corto plazo, pero en el mediano abre una sangrienta caja de Pandora, cuando SL comienza a enfilar contra pequeños explotadores que no aparecen como externos al campesinado, sino que son parte del tejido comunal.

Reviven entonces las rivalidades y conflictos intra e intercomunales (*Ibíd.*: 47). Los problemas se agudizan cuando SL ordena el cierre de varias ferias regionales. Favre introduce una variante muy sugerente en este punto. El

14 Este tema había sido tratado antes por Millones en su trabajo para el Informe Uchuraccay. Asimismo la oposición puna-valle fue mencionada inicialmente en el trabajo de Fuenzalida y Ossio para la misma Comisión.

15 Al analizar las características sociales de los condenados por terrorismo, un estudio posterior de Denis Chávez de Paz (1989) corroboraría este perfil de los cuadros senderistas.

cierre de las ferias no afectaría tanto, como podría pensarse, a los campesinos más mercantiles de los valles, que pueden agenciarse productos de otras formas, sino a los que viven en las punas. Ellos, al cerrarse las ferias, vuelven a depender para sus intercambios de los odiados habitantes de la quechua, que los miran despectivamente y contra los cuales han luchado durante décadas para independizarse a través de la creación de distritos ... o de las propias ferias (Favre 1984:30).

Degregori asocia el éxito de SL, entre otras causas, a la poca tradición de organización de las comunidades ayacuchanas en instituciones gremiales tipo CCP o CNA (*Ibid.*: 43) y deduce que en zonas de mayor densidad organizativa SL encontraría mayores dificultades de asentamiento. Tanto Favre como Degregori niegan el carácter indio, milenarista y/o indigenista de SL. Pero en ambos artículos el análisis de la participación campesina en la guerra es sumario. Este tema, así como el de las estructuras de clases y los actores sociales presentes en la escena rural, van a ser desarrollados en un conjunto de estudios de caso que aparecen en los años siguientes. A partir de ellos, se pueden analizar además las diferencias locales y regionales, tanto en el accionar senderista como en las respuestas campesinas.

El análisis de la economía y la sociedad campesina en perspectiva histórica ha sido indispensable para una explicación cabal de los movimientos campesinos y la violencia rural o revolucionaria, como puede verse en los trabajos de Wolf, Hobsbawn, Moore, Scott, Paige, entre otros. En esa línea se inscribe un primer estudio de campo que aparece en 1986. Se trata de un artículo de Ronald Berg, desgraciadamente nunca traducido al castellano, sobre SL y el campesinado de Pacucha, Andahuaylas. Berg realizó trabajo de campo en Pacucha entre 1981 y 1982 y luego pudo volver a la zona en 1985.

SL llega a la zona cuando la contradicción comunidades-haciendas, que había movilizado al campesinado de la provincia en los años 70, había sido reemplazada por los conflictos del campesinado contra las cooperativas surgidas de la reforma agraria y contra los comerciantes, en un contexto de deterioro de la economía comunera. SL aprovecha ciertos conflictos de la sociedad campesina de Andahuaylas, incluyendo una oposición histórica a los comerciantes y al Estado. En esos años, el resentimiento contra el Estado era grande, por haberlos privado de su derecho a la tierra al crear cooperativas que sólo beneficiaban a un sector minoritario y se hallaban plagadas de problemas administrativos. SL explota también el resentimiento contra los comerciantes (el número de tiendas en Pacucha había pasado de cuatro en 1970 a treinta en 1981). Los más importantes eran acusados de acaparar tierras y de no cumplir

con la tradicional reciprocidad andina, de «comportarse como mistis» (Berg 1986:188). A partir de ello, SL es capaz de suscitar simpatías entre el campesinado.

Berg distingue entre simpatía, apoyo pasivo y apoyo activo. Los campesinos fluctúan mayoritariamente entre la simpatía y el apoyo pasivo. La simpatía tiene mucho de revancha contra los 'ricos', que rompen las normas de la reciprocidad andina; pero sus objetivos son distintos a los de la «revolución» senderista. Pronto, esas diferencias saltan a la luz. Especialmente conflictivos resultan los «ajusticiamientos», que hacen decir a algunos: «no tengo nada en contra de que maten a los ricos, pero no me gusta cuando matan campesinos» (Berg 1986:186). Sin embargo, la represión de las fuerzas armadas y policiales mantiene viva la simpatía por SL, sin que ésta llegue a convertirse en apoyo activo masivo.

En un estudio sobre las respuestas campesinas a SL, Isbell (1988) encuentra en Chuschi la misma oposición histórica contra el Estado y los poderes locales, expresada incluso a nivel ritual. Durante el *yarqa aspiy* (limpiacequia), una danza revive la historia de un cura y un capitán que, borrachos, dispararon contra una multitud en plena feria. Ambos fueron amarrados y obligados a caminar 120 Km. hasta la capital departamental, donde fueron entregados al prefecto. También en Chuschi, los comerciantes que resultan beneficiarios de las reformas velasquistas, son foráneos o antiguos comuneros en proceso de cambiar su identidad no sólo clasista sino étnica y convertirse en mestizos.

En 1989 aparecen dos nuevos análisis regionales: uno de Nelson Manrique, que si bien ofrece una visión nacional de la violencia política, se concentra especialmente en el análisis de la sierra central; y otro de José Luis Rénique sobre la batalla por Puno. En ambos lugares, los campesinos se encuentran enfrentados a las formas asociativas surgidas de la reforma agraria, específicamente las SAIS. Pero mientras en Puno un «bloque comunero» encabezado por la Federación Departamental de Campesinos afiliada a la CCP, logra encabezar la lucha contra las empresas con una propuesta de «reestructuración democrática», en las alturas de Junín esa misma propuesta es bloqueada por la acción de SL que impone por la fuerza su criterio de destrucción de las SAIS. Pero luego del reparto de enseres y ganado de las empresas asociativas, SL tiene poco que ofrecer a nivel económico. Se convierte entonces, como en Ayacucho, en «guardián de la moral pública»: injusticia abigeos, controla a maestros, castiga las conductas desviantes. «Así tiene que ser -explica un comunero- porque los peruanos somos llevados por el mal». En sus declaraciones vemos cómo, ante el «paternalismo vertical y violentamente autorita-

rio» de SL, «afloran viejos reflejos de fatalismo y pasividad, largamente interiorizados desde la Colonia» (Manrique 1989:157). SL satisface entonces otras reivindicaciones no-económicas, centralmente la necesidad de *orden*¹⁶.

El análisis de Manrique arroja luces sobre varios aspectos de la violencia senderista. Por un lado, al igual que Rénique en Puno, señala una diferencia entre la columna guerrillera central y las milicias locales. Estas últimas se muestran más flexibles y menos violentas, mientras que los cuadros de la columna central aparecen más violentos. Esta mayor violencia tiene que ver, según Manrique, con una mayor fidelidad al dogma y con su condición más externa a la realidad local, característica esta última que Rénique anota también para el caso puneño.

Por otro lado, Manrique pone énfasis en la subsistencia de lo que podríamos llamar un gamonalismo sin terratenientes, a partir de la persistencia en el campo de un «capital comercial precapitalista», generador histórico de violencia (1989:165).

Por último, Manrique retoma su preocupación por las dimensiones étnicas de la violencia senderista. Según él, lo étnico es 'el factor negado' por SL, que nunca hace mención a esos aspectos en sus documentos. Pero su silencio no elimina la presencia de lo étnico en su práctica, en la cual: «retorna con una fuerza aniquiladora, que no puede satisfacerse en la sola eliminación del otro» (1989:168) y adquiere rasgos de crueldad, de terror, de «violencia ejemplarizadora... destinada a paralizar, disgregar y liquidar toda voluntad de resistencia». Además, debe: «reforzar la pasividad y el fatalismo que históricamente se han alimentado de la convicción de que cualquier intento de rebelarse es, por definición, inútil» (*Ibid.*: 167).

Manrique analiza en estos términos «la violencia desplegada por SL, pero no queda claro en su artículo cuál es la dirección principal de esa violencia. En un momento, afirma que: «es común a las guerras con una participación campesina dominante la presencia de una crueldad desbordada» (*Ibid.*: 167), con lo cual parecería identificar la violencia senderista con una violencia campesina/índia. Pero casi inmediatamente después, al referirse a la violencia étnica con toda su vesania como «violencia ejemplarizadora», pone como ejemplo la represión de la revolución de Túpac Amaru (*Ibid.*: 167). Con lo cual, estaría identificando la violencia senderista con aquella ejercida por mistis o criollos contra el campesinado indígena.

16 Sobre el tema del orden, volveremos al tratar el caso de las rondas campesinas de la sierra norte.

El propio ejemplo contemporáneo que ofrece Manrique, corroboraría esta última interpretación. Él se refiere a la masacre de 80 campesinos en Lucanamarca por parte de SL. Como señala Favre al relatar ese hecho acaecido en 1983, los senderistas con base en Huancasancos y Sacsamarca, comunidades más bajas y más mestizas, atacaron Lucanamarca, comunidad de altura, que pocos años antes se había independizado de Huancasancos y que se rebeló contra SL. El castigo ejemplarizador se ejercería entonces contra los indios, pero también, de manera indirecta, contra el Estado criollo y sus representantes. Porque en el balance que hace Abimael Guzmán de dicha acción, revela que ella fue ejecutada no sólo para paralizar a los campesinos sino también para atemorizar al ejército, que acababa de entrar en la región: «para sofrenarlos, para hacerles comprender que la cosa no era tan fácil, que éramos un hueso duro de roer, y que estábamos dispuestos a todo, a todo» (Guzmán 1988).

Por mi parte, en otro trabajo (Degregori 1989:28) me referí al tema, afirmando que el tipo de relación que SL establece entre partido y masas sería semejante a la antigua relación entre mistis e indios. Afirmaba que si la «dominación total» (Portocarrero 1984) o el «triángulo sin base» (Cotler 1969) definen la relación tradicional entre mistis e indios, entonces, por su práctica, SL constituye una nueva forma de ser misti por su desconocimiento de las organizaciones sociales, de todo lazo horizontal que escape al control absoluto del vértice en el cual se ubica exclusivamente el partido¹⁷.

Pero volviendo a los análisis regionales, resulta interesante contrastar la sierra central con el caso puneño, donde por lo menos hasta 1989 el «bloque comunero había logrado ganar la adhesión significativa del campesinado en su lucha contra las SAIS, y contener el avance senderista. ¿Dónde está la diferencia? En Puno encontramos una organización campesina más fuerte, con un apoyo más extendido de la iglesia y de ONGs, y la presencia más fuerte de la izquierda, específicamente de un partido, el PUM. Todos ellos, en alianza con sectores

17 Manrique rechaza este paralelo entre mistis y senderistas en tanto: «los senderistas no pretenden usufructuar el viejo orden sino destruirlo radicalmente: no sería verosímil atribuirles como motivación la intención de montar un sistema de explotación de la fuerza de trabajo indígena en su beneficio particular (... motivación central que subyace en la organización del orden gamonal del cual los mistis forman parte)» (1989: 196). Pero no se debe confundir las intenciones de los actores con su práctica. El viejo orden gamonal lo destruyeron, o en todo caso «lo dejaron maltrecho» (Flores 1987), los campesinos organizados en las décadas de 1950-70. Si bien SL dice que destruirá el orden actual, nada garantiza que el nuevo orden que pretenden construir no se parezca mucho al que fue resquebrajado en las décadas previas. Por el contrario, de los propios datos de Manrique brota esa posibilidad. Por otro lado, al plantear esa semejanza no me refiero a la dimensión económica del dominio misti, sino a la política... aunque después de lo sucedido en los «socialismos reales», nada garantiza que, de triunfar, SL explote la fuerza de trabajo indígena en su beneficio.

medios urbanos, constituyen un *frente procomunero*, que propone una *vía comunera* de reestructuración democrática, en oposición tanto a los gerentes de las empresas, empeñados en mantener la gran propiedad, como a la reestructuración burocrática propuesta por el gobierno aprista y la destrucción y reparto impulsado por SL. El frente procomunero tiene incluso una propuesta regional. De la lectura del artículo de Rénique se deduce que el factor decisivo del bloque lo constituye el factor político: el PUM. Tanto es así que cuando dicho partido se bloquea, arrastra en su crisis al conjunto del frente.

Hasta entonces la mayoría de análisis, no sólo académicos sino políticos y periodísticos, incluyendo a quien esto escribe, habían sobreestimado la capacidad de las organizaciones campesinas *per se* para frenar el avance senderista (véase, por ejemplo, Degregori 1985). La Federación Departamental de Campesinos de Puno y las rondas campesinas de Cajamarca y Piura aparecían sustentando esta afirmación. En el caso de analistas vinculados a la izquierda, este optimismo tenía que ver con el énfasis en el denominado «protagonismo popular» y con una identificación excesiva entre movimiento popular y democracia. Por otro lado, subestimamos la capacidad *política* de SL para expandirse en un contexto de crisis general y desgaste de las organizaciones sociales, que incrementaba la necesidad de orden y seguridad, que SL ofrecía por la vía autoritaria. Y la capacidad de ese grupo para compensar la falta de apoyo popular por medio de un terror exacerbado, asesinando dirigentes sociales para así paralizar por el miedo a las organizaciones.

Completa esta línea de análisis de realidades regionales un trabajo de Degregori (1991b) sobre jóvenes y campesinos ante la violencia política en Ayacucho¹⁸. El trabajo enfatiza la brecha generacional existente en el campo, provocada por la educación y la migración; y presenta a SL como posible canal de movilidad social dentro del 'nuevo Estado', que se abre precisamente cuando se obturan los canales de movilidad social existentes a través del mercado, la migración, la educación. En el nuevo contexto de crisis, la opción senderista puede resultar atractiva para mujeres y jóvenes.

Mientras que en los casos presentados por Manrique y Rénique, la columna guerrillera senderista aparecía más violenta que los cuadros locales, Degregori

18 El artículo se basa en testimonios recogidos entre comuneros y pobladores de la región, y en un largo testimonio de un ex-miliciano senderista. En un artículo más reciente (Degregori y López Ricci 1990), aparecen confrontados los testimonios de ese mismo ex-miliciano con el de un infante de marina. Aparte de los testimonios o entrevistas a senderistas publicados en diarios o revistas, esta línea de trabajo fue inaugurada en el número 10 de la revista ayacuchana *Ideología* (1987), dedicado íntegramente a testimonios de campesinos y migrantes urbanos sobre la violencia.

presenta ejemplos opuestos: mientras los cuadros permanecen en el pueblo, todo va bien; una vez que salen y dejan instalados los ‘comités populares’ a cargo de lugareños, comienzan los problemas. Es que las nuevas autoridades nombradas por SL no están tan ideologizadas en el dogma senderista y se encuentran, por el contrario, inmersas en la red de reciprocidades, amistades y odios locales. En nombre del partido se comienzan a procesar muchas veces viejas rivalidades personales o familiares. Esto no invalida las realidades presentadas por Rénique y Manrique, pero muestra la heterogeneidad, no sólo del campesinado, sino del propio Sendero Luminoso.

Así como existen diferencias en el comportamiento de columnas y milicias, Degregori advierte cómo conforme se baja del vértice a la base de la pirámide senderista, más campesina, cambian las motivaciones de los que participan en la guerra y la ideología senderista se «contamina» con las tradiciones andinas, no necesariamente milenaristas, sino más bien de una suerte de utopía campesinista. El término «adaptación-en-resistencia», acuñado por Stern (1990), le sirve a Degregori para explicar las divergencias señaladas ya desde Berg, entre el accionar y las motivaciones senderistas y campesinas. La muerte, o más bien el *tipo* de muerte que impone SL a través de sus ‘ajusticiamientos’, sería una de las brechas que lo separa del campesinado:

«Son razones muy pragmáticas de una sociedad de bases económicas muy precarias, que establece intrincadas redes de parentesco y estrategias muy complejas de reproducción, y que tiene que cuidar en grado sumo su fuerza de trabajo. Matar, eliminar un nudo de esas redes, tiene repercusiones más allá de la familia nuclear ... Cuando SL castiga a un rico malo -abigeo, abusivo- o a un inmoral. -esposo infiel, bebedor- puede ganar aceptación pues los ‘corrige’, es decir, los vuelve nuevamente funcionales a la comunidad. Cuando los mata desgarrar un tejido social muy delicado y abre una caja de Pandora que no es capaz de controlar» (Degregori 1991b:404).

Para completar este panorama diremos que recién en 1990 aparecen los dos primeros libros de autores peruanos sobre Sendero Luminoso, de Gorriti y Degregori¹⁹. Ninguno de los dos trata directamente de la violencia campesina en los 80. El libro de Degregori se centra en el contexto regional ayacuchano en el cual surge SL durante las décadas de 1960 y 1970 y sirve para comprender las raíces de la actual violencia. El trabajo aporta una perspectiva histórica

19 Un año antes había aparecido el trabajo de Biondi y Zapata (1989), que hace un análisis semiótico del discurso senderista. No toca, por tanto, temas rurales.

y pone énfasis en el papel de los actores sociales y en la forja de una voluntad política autoritaria. Así, va más allá de las interpretaciones que a partir del atrazo y la pobreza de Ayacucho, se conformaban con señalar a la violencia estructural como causa fundamental de la subversión.

Con abundancia de documentos senderistas inéditos, el de Gorriti trata «Sobre el enfrentamiento de Sendero Luminoso contra las fuerzas policiales y el Estado entre los años 1980-82. El campesinado prácticamente no aparece, pero capítulos excelentes como «La cuota» o «¡Batir!», sirven para comprender el accionar de SL en el campo y dilucidar de dónde provienen los mayores excesos en esta guerra. «*En Batir, la clave es arrasar. Y arrasar es no dejar nada*» (Gorriti 1990:283), dice la dirección senderista, y uno comprende entonces episodios como la destrucción de Allpachaka y todos los semejantes que han tenido lugar posteriormente.

4. Interrogantes, debates y futuros estudios

A partir de esta revisión bibliográfica vemos cómo se ha ido construyendo, un corpus de conocimiento sobre la violencia política en el campo, y sobre el fenómeno senderista. Si bien los estudios siguen siendo escasos y los vacíos abundan, se han despejado varias confusiones iniciales, se ha alcanzado consensos alrededor de aspectos importantes y existen polémicas planteadas en otros.

Habiendo avanzado hasta donde lo permiten los estudios existentes, podemos regresar entonces, con mayores elementos de juicio, a la pregunta inicial de este trabajo: ¿por qué las ciencias sociales no advierten ese salto cualitativo en la violencia rural? Pero antes, a la luz de lo discutido en páginas anteriores, resulta imprescindible preguntarse: ¿por qué se produce dicho salto en el Perú de los 80?. Antes aún: ¿se trata realmente de un salto cualitativo?²⁰

Comencemos discutiendo esta última pregunta, por las repercusiones que su respuesta tiene para la autoimagen nacional, más allá de los estudios rurales y de las ciencias sociales. En efecto, la eclosión de violencia en la década pasada hizo (re)surgir una visión según la cual el Perú sería un país esencial y especialmente violento. Entre quienes propugnan interpretaciones de este tipo el más destacado y brillante es Pablo Macera, quien lanza sondas históricas que a través de milenios enhebran las feroces vaginas dentadas de las escultu-

20 Para intentar responder a estas interrogantes, en esta parte final del trabajo adelantaré hipótesis y puntos de vista que no se desprenden necesariamente del balance bibliográfico realizado hasta aquí.

ras Chavín, con Mama Huaco, la esposa guerrera de Ayar Manco, Micaela Bastidas, compañera de Túpac Amaru II, y con la lideresa senderista Edith Lagos (Macera 1984). Ante una tradición tan pesante, poco podemos hacer: el futuro pertenecería indefectiblemente a SL y las fuerzas armadas. Con variaciones y matices, esta imagen esencializada del Perú trasciende los marcos académicos y, alimentada por la crisis y las promesas incumplidas de la democracia política, fomenta una suerte de «fatalismo de las estructuras», favorece la parálisis y nos monta sobre los rieles que conducen hacia la profecía autocumplida.

Sin embargo, los trabajos empíricos nos muestran un mundo andino heterogéneo, contradictorio y cambiante. Diferencias ecológicas y regionales. Variaciones en el comportamiento de los actores de acuerdo a la doble estratificación, étnica y clasista. Modificaciones en el comportamiento de un mismo actor a través del tiempo. Habría que comenzar por preguntarse entonces quiénes son violentos, dónde y cuándo.

Ello no anula cierto nivel de generalizaciones. Un alto grado de violencia existió siempre en el campo peruano, marcado por la violencia estructural: pobreza, injusticia, explotación, opresión, desprecio étnico, racismo, humillación. Los abusos de la policía y las autoridades eran también cotidianos. Frente a esa situación, el campesinado respondía a veces con violencia:

«Ha sido siempre en *situaciones límites* de grandes abusos y dominaciones excesivas que ha surgido una violencia campesina indiscutible. Los campesinos han matado a algunos gamonales, ciertas autoridades y a muchos abigeos, luego de haberlos denunciado muchas veces ante el poder judicial sin haber conseguido ningún castigo legal. Luego, la acción de justicia por sus propias manos fue solidariamente compartida con el argumento conocido de *Fuenteovejuna*. En esta violencia campesina no han intervenido los partidos y los gremios pues han sido arreglos de cuentas puntuales y locales» (Montoya 1989:249).

Cuando el campesinado se organiza en sindicatos y federaciones y comienzan las oleadas de tomas de tierras en las décadas 50-70, la represión policial es muchas veces brutal y abusiva. No hay que olvidar que existían también conflictos intracampesinos e intercomunales, para no hablar de la violencia dentro de la familia, o en el imaginario andino.

Pero todas esas violencias resultan un juego de niños comparadas con la que se desata a partir de 1980. Las palabras de Valderrama y Escalante, que en

los años 70 vivieron entre los abigeos de Cotabambas (Apurímac), en una de las zonas rurales reconocidas tradicionalmente como las más violentas de los Andes, reflejan este cambio cualitativo:

«En años recientes (1987) la zona cambió a raíz de la incursión de las columnas de Sendero Luminoso en varios poblados de Cotabambas... Mataron a gringos, gamonales y abigeos, declarando así su guerra. Inmediatamente después patrullas del ejército peruano se hicieron presentes en la zona provocando el fenómeno de ‘militarización’, que va despoblando de comunidades nuestro país. Estas comunidades de abigeos, laqas o suwas, que en esencia son campesinos arraigados a su tierra, a su ganado, que tienen a su familia con ellos, se vieron entre el fuego cruzado de bandas móviles de hombres armados, profesionales en una guerra que produce bajas en ambos bandos, pero que diezma principalmente a la población de la zona. Grupos íntegros de abigeos han sucumbido en manos de Sendero Luminoso y otros tantos han desaparecido en las bases militares de Qoyllurki, Mara y Huaquirá» (1990:332).

Podríamos afirmar que hasta la década de 1970, en un contexto económicamente expansivo y con una estructura social porosa en la cual se encontraban canales de movilidad ascendente, la violencia campesina era modulada o canalizada constructivamente a través de organizaciones que perseguían objetivos específicos: tierra, escuela, acceso al mercado, entre otros. Así, como vimos, en la época de las grandes invasiones de latifundios, los campesinos no querían exacerbar la violencia y los antiguos gamonales no podían hacerlo, pues habían perdido correlación en el Estado.

A partir de 1980, lo que vivimos no es un desborde de esa violencia campesina, ni de las viejas pulsiones milenaristas. Es la violencia de un partido estalinista que, al menos inicialmente, aparecía fundamentalmente *externo* a la subjetividad de amplios sectores campesinos. Por eso, cuando comentando la masacre de campesinos de Lucanamarca por parte de columnas senderistas, Nelson Manrique se pregunta: «si en el caso de Lucanamarca se trató de una acción decidida y organizada por la máxima dirección senderista, es de suponer a qué extremos pueden llegar las columnas dirigidas por cuadros con menor formación política» (1989:69). La respuesta sería que probablemente no llegarían a tales extremos. Después de leer el capítulo «La cuota» (Gorriti 1990) y ver la conducta de SL frente a campesinos y dirigentes urbano-populares en los últimos años es muy difícil imaginar un actor dispuesto a desatar un grado mayor de violencia.

Ello no implica negar continuidades entre SL y las tradiciones andinas, especialmente en lo que a la imposición autoritaria de una moral tradicional se refiere. Los castigos corporales, las latigueras, los cortes de pelo, por ejemplo, son continuidad de la vieja tradición andina señorial y el viejo poder misti (véase: Millones y Pratt 1988). Tampoco sería correcto idealizar al campesinado o negar la posibilidad de que entre en la guerra y cometa excesos. Pero si bien desde Uchuraccay y Lucanamarca tenemos registro de tales acciones, han tenido que pasar ocho o nueve años de crueldades y vesanias por parte de Sendero Luminoso y las fuerzas armadas, para que sectores campesinos importantes asimilen finalmente los métodos de ambos contendientes y se incorporen a uno u otro bando. Me refiero a la masificación de los «comités de defensa civil» en la sierra central y en el norte de Ayacucho. Sin embargo, aún hoy, los «excesos» en el país corren a cargo fundamentalmente de SL y las FF.AA.

La violencia de SL se ubica así en el cruce de varios vectores. Por un lado la tradición estalinista, o más específicamente marxista-leninista-maoísta. Por otro, una tradición señorial andina en crisis por el avance de la modernidad. Los sectores entre los que se incubaba SL ven cómo las burguesías y clases medias urbanas de la costa se alejan de ellos y los miran con desprecio, y son testigos al mismo tiempo de lo que Nun llamó «la rebelión del coro», los sectores campesinos tradicionalmente subordinados se les escapan de las manos para seguir sus propios y múltiples caminos. Un tercer vector, citando otra vez a Favre, es la existencia en el campo y la ciudad de sectores «descampesinizados y desindianizados» que crecen en medio de una crisis general que bloquea los canales de movilidad social y se vuelven receptivos al mensaje senderista. Y ya estamos de lleno en la siguiente pregunta: por qué tiene éxito este tipo de violencia en el Perú de los 80.

Es consenso que el contexto de crisis general, que agudiza la pobreza y bloquea los procesos de modernización y democratización, sienta las bases para la violencia. A ello se suma una reforma agraria que revierte la tendencia a la parcelación de latifundios y al avance de la economía campesina. Luego del fin de la experiencia velasquista, las empresas asociativas quedan como desperdigadas guarniciones semiabandonadas y desmoralizadas, en medio del vacío de poder que deja el repliegue del Estado en el campo.

Diversos actores se lanzan a cubrir ese relativo vacío: burguesías agrarias en algunos valles de la costa o partes de Arequipa; nuevos poderes locales: comerciantes, abogados, policías; organizaciones campesinas: rondas, federaciones; ONGs; iglesias; partidos de izquierda; narcotraficantes; Sendero Lumi-

noso. De la forma en que estos distintos actores existan, se enfrenten o coaliguen, dependerá el perfil de los nuevos poderes y también en buena medida el grado y el carácter de la violencia.

En el fondo, lo que está en disputa es la construcción de un nuevo orden: o sobre bases autoritarias o sobre bases democráticas. La expansión de SL puede ser vista entonces como la construcción violenta de un orden totalitario entre los escombros del viejo orden oligárquico, en competencia con un Estado que, luego de la transición democrática de 1978-80, se muestra incapaz de barrer esos escombros y edificar un sistema democrático y moderno. Y en competencia también con los desordenados intentos de organizaciones sociales y partidos políticos por construir órdenes más democráticos en ámbitos locales y/o regionales.

Hemos visto el caso de Puno. Merecen también mención las rondas campesinas surgidas a finales de la década de 1970 en Cajamarca. Su objetivo era luchar contra una «cuatringa» de abigeos, comerciantes, jueces y policías que, luego del fracaso de la reforma agraria, pretendía reemplazar al viejo poder terrateniente. Si bien en su conformación se advierten influencias de la iglesia y de partidos de izquierda, en las rondas existe amplio espacio para la espontaneidad y la iniciativa campesina. De otra forma sería imposible entender su rápida masificación. Hacia inicios de la década de 1980 se extienden a la sierra de Piura. En la actualidad se calcula que existen alrededor de 3 500 rondas en la sierra norte (Starn 1991b:15), que agrupan alrededor de 280 mil ronderos (*La República* 6.12.91:10). En poco tiempo las rondas lograron desterrar el abigeato. Incursionaron luego en la administración de justicia y ahora comienzan a asumir tareas que de alguna manera las asemejan a las comunidades campesinas, anteriormente casi inexistentes en la región (véase: Gitlitz y Rojas 1985; Rojas 1989; Huber y Apel 1990, Starn 1991, b, 1991c).

Uno de los rasgos que convierte a las rondas, o a federaciones como la puneña, en continuadoras de los movimientos campesinos de décadas previas es la voluntad explícita de evitar o minimizar la violencia. Por eso a raíz de un movimiento como las rondas, que dura ya más de una década y que ha dotado de identidad a centenas de miles de campesinos, se han producido apenas alrededor de 10 muertos²¹. Los campesinos aparecen entonces como actores

21 Es cierto lo que afirma Orin Starn: en las rondas norteñas existen aspectos autoritarios y un recurso -castigos violentos- que no han sido tratados por los analistas del fenómeno: «... baños nocturnos en lagunas heladas... horas rondando descalzos o incluso quemaduras con una petromax o latigueros con alambre de púas» (Starn 1991b: 64). Según él, varios de esos métodos han sido aprendidos de la policía (*Ibid.*; 64) Sin embargo, la diferencia más notoria se

que no sólo reaccionan ante iniciativas ajenas (véase: Stern, 1990). Esto es importante para analizar no sólo las rondas norteñas sino los «comités de defensa civil» surgidos en las zonas de emergencia de Ayacucho, sierra central y selva central.

Pensando en futuros estudios, digamos que si consideramos a los campesinos como actores, es decir como sujetos activos, y si tenemos en cuenta su heterogeneidad, entonces analizar los diferentes alineamientos campesinos en el escenario de la guerra requiere tener en cuenta múltiples diferencias: ricos pobres, indios-mestizos, puna-valle, más educados-menos educados. No todas ellas aparecen simultáneamente en todos los casos. Pero es necesario tomar además en cuenta las acciones y objetivos de los dos contendientes centrales: SL y las FF.AA., especialmente el primero de ellos, que en términos militares tiene la iniciativa táctica y, por consiguiente, mayor libertad de acción.

Si estamos hablando de estudios futuros, quiere decir que hemos llegado a la interrogante inicial/final. ¿Por qué las ciencias sociales demoraron en entrar al tema y hasta hoy no logran analizarlo a cabalidad? En general, estuvimos demasiado inmersos en lo que podemos llamar paradigma expansivo de las décadas previas que tenía como ejes, sucesivamente: la consolidación de una estructura de clases, el problema nacional, el cambio revolucionario, el protagonismo popular, los nuevos movimientos sociales, la modernidad, la democracia. Quienes trataron de salir de esa temática demasiado optimista, cayeron en el otro extremo: el recurso a la historia y a la sicología, pero con ribetes esencialistas presentes en la utopía andina; y con un fatalismo estructural que nos deja atrapados entre pesadillas y fantasmas coloniales.

En realidad, los estudios sobre violencia y campesinado en el Perú están todavía en sus inicios, y ello dice mucho sobre la situación del país. Falta llenar innumerables vacíos. Así por ejemplo, nada se dice sobre el MRTA en este balance, porque nada existe escrito, salvo algunos artículos de Raúl González en *Quehacer* (1988a, 1988b, 1991) y un acápite sobre el MRTA en la sierra central, en el mencionado artículo de Nelson Manrique (1989). Tal vez porque su presencia entre el campesinado es menor, y su accionar más previsible. En todo caso, la única vez que el MRTA dio una ‘sorpresa’ asesinando a un jefe asháninka, apareció un artículo de Margarita Benavides (1990), que provocó incluso una breve polémica. Tampoco existen trabajos desde las ciencias sociales sobre las etnias amazónicas frente a la violencia. Aparte del mencionado artículo de Benavides, sólo existen informes periodísticos. Más sorprendente aún, tampoco existe casi bibliografía sobre la violencia política en las zonas cocaleras. Nuevamente la excepción la constituyen los artículos

de Raúl González (1987, 1988b, 1991, entre otros) y uno de José Gonzales (1989:207-222). La casi totalidad de estudios se refiere a aspectos económicos y jurídicos del problema. Por último, excepto en los informes de grupos de derechos humanos, tampoco se ha estudiado la participación de los militares en los escenarios rurales a partir de 1983. Referencias mínimas se encuentran en los trabajos de Mauceri (1989), Granados (1987) y Obando (1991). Incluso los estudios sobre las rondas de Cajamarca y Piura son muy escasos. Alabadas y a veces sobreestimadas como ejemplo de organización democrática campesina y barrera contra SL, reconocidas finalmente por el Estado, las rondas han dado lugar apenas al puñado de estudios ya mencionados, la mayoría a cargo de autores extranjeros²².

En cuanto a temas, hacen falta más estudios regionales y locales que permitan afinar comparaciones. En esa misma línea, falta ubicar la experiencia peruana en perspectiva comparada: andina, latinoamericana y mundial. Un conjunto de problemas permanecen casi inexplorados: mujeres y violencia política; etnicidad y violencia; economía de la violencia; el impacto de la violencia en las organizaciones campesinas, los gobiernos locales y las instituciones rurales en general; campesinado, FF.AA. y comités de defensa civil, entre otros. Finalmente, nos hallamos todavía lejos de haber elaborado una teoría que sea relevante para comprender el fenómeno e incidir en el rumbo de la guerra, contribuyendo a diseñar una estrategia democrática de pacificación.

encuentra en la moderación de las rondas, no sólo para evitar cargos legales sino también porque en ellas: «predomina... un real sentido de los límites y la ausencia de ese sadismo gratuito, tan común entre muchos policías y militares latinoamericanos» (*Ibid.*: 64-65)

22 Existe también una bibliografía sobre rondas elaborada por el CIPCA en 1988. De 37 títulos, prácticamente todos son informes de eventos, de trabajos de promoción o artículos periodísticos.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, James

1983 *Peru's Maoist Guerrillas*. Londres, Control Risks. Ltd.

ANSION, Juan

1982 «¿Es luminoso el camino de Sendero?». En: *El Caballo Rojo* N° 108. Lima, 6.6.82, pp. 4-5.

BENAVIDES, Margarita

1990 «Levantamiento de los asháninkas del río Pichis». En: *Diario Página Libre*. Lima.

BERG, Ronald

1986 «Sendero Luminoso and the Peasantry of Andahuaylas». En: *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, invierno 1986-1987, pp. 165-196.

1988 *Explaining Sendero Luminoso*. Program in Latin American Studies, Occasional Papers Series N° 22, University of Massachusetts at Amherst

BIONDI, Juan y ZAPATA, Eduardo

1989 *El discurso de Sendero Luminoso: contratextos educativos*. Lima, CONCYTEC.

CIPCA-Centro de Investigación y Promoción del Campesinado

1988 *Bibliografía seleccionada sobre rondas campesinas*. Piura, Centro de Documentación-CIPCA.

COTLER, Julio

1969 «La mecánica de la dominación interna y de cambio social en el Perú». En: *Perú Problema* N° 1. Lima, IEP, pp. 153-197.

CHAVEZ DE PAZ, Denis

1989 *Juventud y terrorismo. Características sociales de los condenados por terrorismo y otros delitos*. Lima, IEP.

DEGREGORI, Carlos Iván

1981 «Rebeldes primitivos y modernos gamonales». En: *El caballo Rojo* N° 76. Lima, 25.10.81, p. 3.

1983a «En la selva de Ayacucho: no una sino muchas muertes» En: *El Diario de Marka*. Lima, 22.1.83, pp. 8-10.

1983b «Cuando Ayacucho nos alcance». En: *El Caballo Rojo* N- 161. Lima, 12.6.83, pp. 4-5.

1983c «Apocalipsis Mao. Las raíces de Sendero Luminoso». En: *El Caballo Rojo* No 176. Lima, 25.9.83, pp. 6-7.

- 1985 *Sendero Luminoso: I. Los hondos y mortales desencuentros. II Lucha Armada y utopía autoritaria, Documentos de Trabajo 4 y 6.* Lima, IEP
- 1989 *Qué difícil es ser Dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso.* Lima, El zorro de abajo ediciones.
- 1990 *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1979: del movimiento por la gratuidad de la enseñanza al inicio de la lucha armada.* Lima, IEP.
- 1991a «El aprendiz de brujo y el curandero chino. Etnicidad, modernidad y ciudadanía». En: Degregori, C. I. y Romeo Grompone, *Elecciones 1990. Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia en dos vueltas.* Lima, IEP.
- 1991 b «Ayacucho 1980-1983: Jóvenes y campesinos ante la violencia política». En: *Poder y violencia en los Andes*, Enrique Urbano editor . Cusco, Centro Bartolomé de las Casas.
- DEGREGORI, Carlos Iván y LOPEZ RICCI, José
- 1990 «Los hijos de la guerra. Jóvenes andinos y criollos frente a la violencia política». En: *Tiempos de ira y amor. Nuevos actores para viejos problemas.* Lima, DESCO, pp. 183-219.
- FAVRE, Henri
- 1984 «Sendero Luminoso, horizontes oscuros». En: *Quehacer* N° 31. Lima, octubre, pp. 25-34.
- FLORES GALINDO, Alberto
- 1987 *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes.* Lima, IAA.
- FLORES GALINDO, Alberto y MANRIQUE, Nelson
- 1985 *Violencia y campesinado.* Lima, IAA.
- FUENZALIDA, Fernando, VILLARAN, José Luis; GOLTE, Jürgen y VALIENTE, Teresa
- 1967 *Estructuras tradicionales y economía de mercado, la comunidad de indígenas de Huayopampa.* Lima, IEP.
- GARCIA SAYAN, Diego
- 1982 *Tomas de tierras en el Perú.* Lima, DESCO.
- GITLITZ, John y ROJAS, Telmo
- 1985 «Las rondas campesinas en Cajamarca, Perú». En: *Análisis* N° 16. Lima, CIUP, pp. 115-141.
- GONZALES, José
- 1989 «Perú: Sendero Luminoso en el valle de la coca». En: *Coca, cocaí-*

na y narcotráfico. Laberinto en los Andes, Diego García Sayán editor. Lima, CAJ, pp. 207-222.

GONZALEZ, Raúl

- 1982 «Ayacucho: por los caminos de Sendero». En: *Quehacer* N° 19. Lima, octubre, pp. 36-77.
- 1983 «Crónica inconclusa: las batallas de Ayacucho». En: *Quehacer* N° 21. Lima, febrero, pp. 14-27.
- 1984a «Ayacucho en el año de Noel». En *Quehacer* N° 27. Lima, febrero, pp. 16-31.
- 1984b «Sendero... ¿Y ahora qué?». En: *Quehacer* N° 30. Lima, agosto, pp. 6-36.
- 1987 «Coca y subversión en el Huallaga». En: *Quehacer* N° 48 set.-oct., pp. 59-72.
- 1988a «Sendero: los problemas del campo, la ciudad... y además el MRTA». En: *Quehacer* N° 50. Lima, ene.-feb., pp. 46-63.
- 1988b «MRTA: la historia desconocida». En: *Quehacer* N° 51. Lima, marzo-abril, pp. 32-44.
- 1988c «El Huallaga un año después: el retorno de lo reprimido». En: *Quehacer* N° 54. Lima, ag.-set., pp. 40-47.
- 1991 «El Huallaga: todos los conflictos». En *Quehacer* N° 71. Lima, mayo-junio, pp. 46-52.

GORRITI, Gustavo

- 1981 «La Búsqueda de Sendero». En: *Caretas* N° 670, Lima, 26.10.81, pp. 22-25.
- 1983a «¿Cómo se encendió la mecha? Entrevista a Efraín Morote Best». En: *Caretas* N° 733. Lima, 31.1.83, pp. 20-24.
- 1983b «El ataque de Sendero al pueblo de Lucanamarca». En: *Caretas* N° 743. Lima, 11.4.83, pp. 10-17.
- 1990 *Sendero, historia de la guerra milenaria en el Perú*, tomo I. Lima, Editorial Apoyo.

GRANADOS, Manuel

- 1981 «La conducta política, un caso particular». Tesis para optar el grado de Bachiller en Antropología, Departamento de Ciencias Histórico Sociales, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.
- 1987 «El PCP Sendero Luminoso: aproximaciones a su ideología». En: *Socialismo y Participación* N° 37. Lima, marzo, pp. 15-36.

GUZMAN, Abimael

- 1988 «Presidente Gonzalo rompe el silencio. Entrevista en la clandestinidad». En: *El Diario*, Lima, 24.7.88.

GUZMAN, Virginia y VARGAS, Virginia

- 1981 *El campesinado en la historia Cronología de los movimientos campesinos*, 1956-1964. Lima, Ideas ed.

HUBER, Ludwig y APEL, Karin

- 1990 «Comunidades campesinas en Piura». En: *Boletín del IFEA*, Vol.19, pp. 165-182.

IDEOLOGIA

- 1987 «Testimonios urbanos y rurales sobre la violencia». En: *Ideología, Revista de Política y Cultura* N° 10, IER «J. M Arguedas»

ISBELL, Billie Jean

- 1988 *The emerging Patterns of Peasant's Responses to Sendero Luminoso*. Nueva York. Columbia-NYU, Latin American, Caribbean and Iberian occasional papers N° 7, diciembre

KIRK, Robin

- 1991 *La década del chaqwa. Los desplazados internos en el Perú*. Lima, CND / US Comité for Refugies.

MACERA, Pablo

- 1986 «Sendero y Mama Huaco», fragmento de intervención en Simposio sobre mitología Andina realizado en la Universidad Católica en 1984 publicado en: *Cambio* N° 20. Lima, 28.8.86, p. 9.

MANRIQUE, Nelson

- 1989 «La década de la violencia». En: *Márgenes* N° 5, Lima, pp. 137-182.

MAUCERI, Philip

- 1989 *Militares: insurgencia y democratización en el Perú*, 1980-1988. Lima, IEP.

McCLINTOCK, Cynthia

- 1983 «Democracies and Guerrillas: The Peruvian Experience». En: *International Policy Report*. Washington D.C, Center for International Politics.
- 1984 «Why Peasants Rebel, The Case of Peru's Sendero Luminoso», En: *World Politics*, Vol. 37. N° 1, octubre, pp. 48-84

MILLONES, Luis

- 1983 «La tragedia de Uchuraccay. Informe sobre Sendero». En: Vargas Llosa y otros. *Informe de la comisión investigadora de los sucesos de Uchuraccay*. Lima, Edit. Perú, pp. 85-102.

- MILLONES, Luis y PRATT, Mary
 1988 *Amor brujo. Imagen y cultura del amor en los Andes*. Lima, IEP.
- MONTOYA, Rodrigo
 1984 «Otra pista para entender lo que pasó en Uchuraccay». En: *La República*. Lima, 21.1.84, pp. 8-16.
- 1989 *Lucha por la tierra, reformas agrarias y capitalismo en el Perú del siglo XX*. Lima, Mosca Azul.
- OBANDO, Enrique
 1991 «Diez años de guerra antisubversiva: una pequeña historia». En: *Quehacer N° 72*. Lima, DESCO, julio, pp. 46-53.
- OSSIO, Juan
 1990 *Violencia estructural en el Perú: Antropología*. Lima, APEP.
- OSSIO, Juan y FUENZALIDA, Fernando
 1983 «La comunidad de Uchuraccay y la región iquichana. Informe antropológico». En: Vargas Llosa y otros: *Informe de la comisión investigadora de los sucesos de Uchuraccay*. Lima, Editora Perú, pp.43-81.
- PALMER, David Scott
 1986 «Rebellion in Rural Peru. The Origins and Evolution of Sendero Luminoso». En: *Comparative Politics N° 18*, pp. 127-146.
- POOLE, Deborah y RENIQUE, Gerardo
 1991 «The New Chroniclers of Peru: U.S. Scholars and their 'Shining Path' of Peasant Rebellion». En: *Bulletin of Latin American Research N° 10 (1)*, Nueva York.
- PORTOCARRERO, Gonzalo
 1984 *La dominación total*, mimeo. Lima, PUC.
- QUINTANILLA, Lino
 1981 *Andahuaylas, la lucha por la tierra. Testimonio de un militante*. Lima, Mosca Azul.
- RENIQUE, José Luis
 1987 «Estado, partidos políticos y lucha por la tierra en Puno». En: *Debate Agrario N° 1*. Lima, CEPES, oct-dic., pp. 55-76.
- 1991 «La batalla por Puno. Violencia y democracia en la sierra sur» En: *Debate Agrario N° 10*. Lima, CEPES, Lima, ene-mar. pp. 83-108.
- ROJAS, Telmo
 1989 *Rondas, poder campesino y el terror. Cajamarca*, Universidad Nacional de Cajamarca / CONAPIS.

SAID, Edward

1979 *Orientalism*. Nueva York, Vintage Books.

SANCHEZ, Rodrigo

1981 *Tomas de tierra y conciencia política campesina, las lecciones de Andahuaylas*. Lima, IEP.

SCOTT, James

1976 *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. Yale University Press, New Haven.

STARN, Orin

1991a «Missing the Revolution: Anthropologists and the War in Peru». En: *Cultural Anthropology* 6 (1), febrero, pp. 63-91.

1991b «Sendero, soldados y ronderos en el Mantaro», En: *Quehacer* N° 74. Lima, nov-dic., pp. 60-69

1991c *Reflexiones sobre rondas campesinas y nuevos movimientos sociales. Con los llanques todo barro*. Lima, IEP.

STERN, Steve

1990 «Nuevas aproximaciones al estudio de la conciencia y las rebeliones campesinas: las implicancias de la experiencia andina». Introducción a: Steve Stern compilador: *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos XVIII al XX*. Lima, IEP, pp. 25-41

TAYLOR, Lewis

1983 *Maoism in the Andes. Sendero Luminoso and the Contemporary Guerrilla Movement in Peru*. Liverpool, Center for Latin American Studies, Working Paper N° 2.

VALDERRAMA, Ricardo y ESCALANTE, Carmen

1990 «Nuestras vidas (Abigeos de Cotabambas)». En: Aguirre y Walker editores: *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*. Lima, IAA.

VARGAS Llosa, Mario y otros

1983 *Informe de la comisión investigadora de los sucesos de Uchuraccay*. Lima, Editora Perú.

WERLICH, David

1984 «Peru: The Shadow of Shining Path». En: *Current History* N° 83, febrero, pp. 78-90.